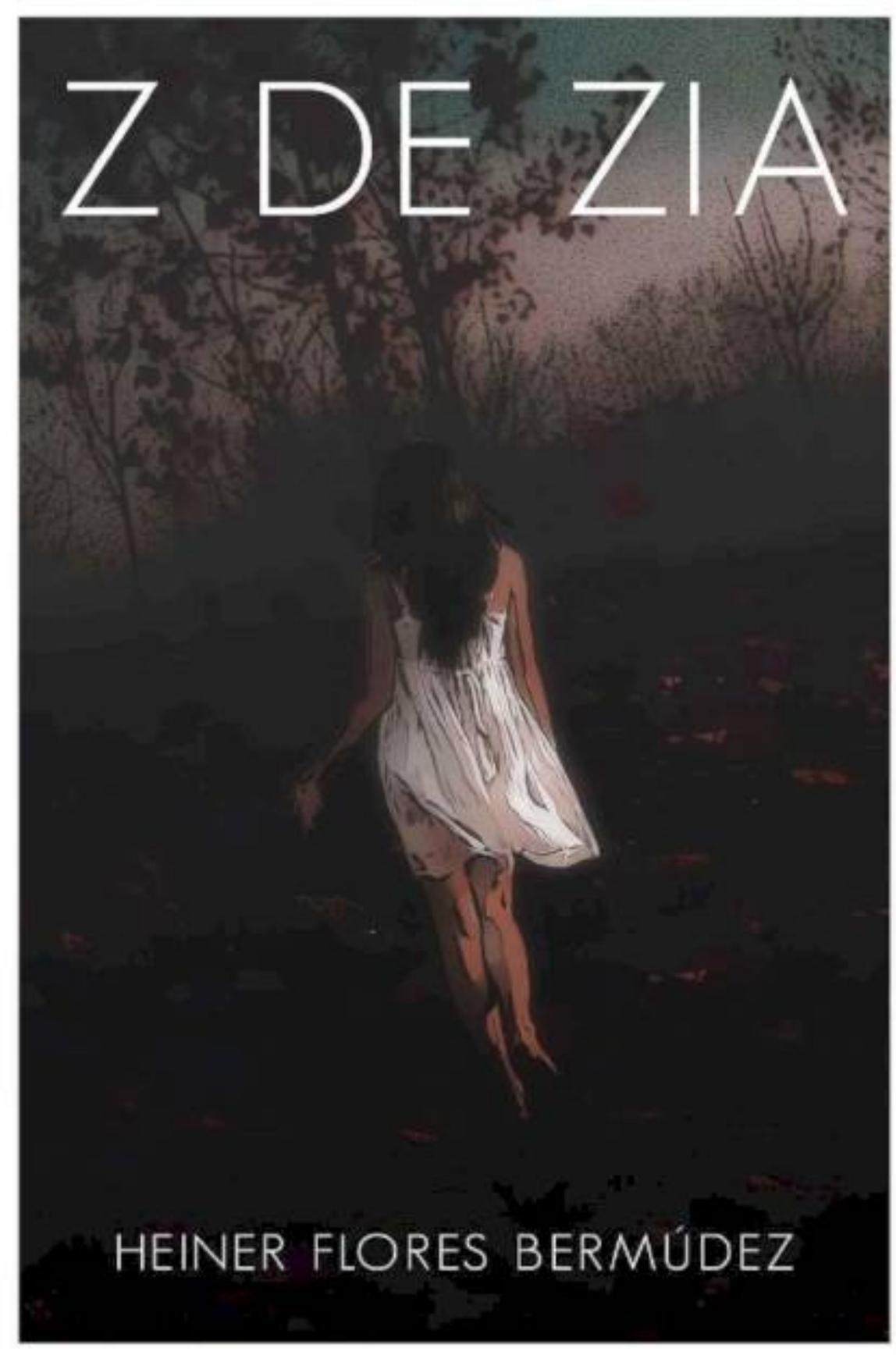


Z DE ZIA

A woman with long dark hair, wearing a white, sleeveless, flowing dress, is walking away from the camera down a dark, narrow path. The path is surrounded by dense, dark foliage and trees, creating a somber and mysterious atmosphere. The lighting is low, highlighting the woman's dress against the dark background.

HEINER FLORES BERMÚDEZ

“Z de Zia”

Escrito por Heiner Flores Bermúdez

Copyright © 2015 Heiner Flores Bermúdez

Todos los derechos reservados

heifb@outlook.com

Diseño de Portada © 2015 Heiner Flores Bermúdez

Contenido

[Prologo](#)

[Capítulo I: Ingrato Destino](#)

[Capítulo II: Alisa](#)

[Capítulo III: Viaje](#)

[Capítulo IV: Despedida](#)

[Capítulo V: Realidad](#)

[Capítulo VI: Lucha](#)

[Capítulo VII: Oleg](#)

[Capítulo VIII: El Camino a Seguir](#)

[Muestra](#)

Prologo

La gran mayoría de las historias son similares: Un héroe deja su hogar para salvar al mundo. Esta no es una de esas. Ya no hay ningún mundo que salvar o, mejor dicho, no hay muchos que puedan disfrutarlo, y los que aún están con vida quizá no lo merezcan. Ahora todos son salvajes y despiadados. Es la única razón por la que siguen con vida. El virus verdaderamente acabó con la humanidad. Solo quedan monstruos sedientos de sangre, y por supuesto, también están los muertos vivientes. Criaturas malolientes y torpes, cuyo único fin es consumir presas vivas y, ocasionalmente, alguna muerta. Pero por supuesto, todo eso ya lo sabes.

Esta es tu historia... No, no debería decir eso. Esta es la historia de Alex. ¿Y qué puedo decir de Alex? Él es... una persona peculiar... Sí, peculiar. Y quizá pienses que esta no sea una descripción detallada, pero una vez que lo conoces descubres que es adecuada.

Sus motivaciones son sencillas de comprender: Quiere salvar a alguien. Ya nada más le importa. Supongo que ese virus lo liberó del engaño en que vivía. En el que todos vivían. Ya nadie tiene hipotecas o cuentas por pagar. No más conversaciones sin sentido en la fila del supermercado. Ya no es necesario mantener apariencias. Adiós a esos ridículos trajes.

Ahora Alex no tiene que escuchar a quien no quiere. Ya nadie lo mira con desprecio y si lo hacen, no podrán salirse con la suya. Ahora siente que el mundo es suyo.

Pero no es feliz. Aún siente un vacío. Algo le hace falta: Una persona.

Cuando el ataque sucedió, él estaba visitando a su familia. A sus primos, a su abuela y a sus tíos; una familia bastante grande.

Aviones volaron encima de las ciudades. Algunos fueron derribados, pero otros no; cargaban aquella terrible sustancia creada con el único fin de acabar con la civilización.

Las hélices de los helicópteros retumbaron en sus oídos. Un enjambre de aves de metal surcó los cielos con rumbo desconocido, mientras las sirenas anunciaban el terrible derramamiento de sangre. El fin del mundo había comenzado.

Afortunadamente, la casa de su abuela estaba lejos de la gran ciudad, lejos del explosivo caos. En el campo, en donde todo es verde y el bullicio se disipa entre los árboles.

«Debemos apresúranos», le dijo uno de sus tíos. Conocía muy bien el pueblo cercano. Había una armería que los proveería con el único recurso que les daría algún tipo de ventaja para sobrevivir.

Alex aún era aquel joven tímido y precavido. Cuando él, su tío, y algunos de sus primos pisaron el pueblo y observaron los primeros despojos de las recién ascendidas bestias, sintió miedo.

Él mismo hubiera pensado que el sentimiento perduraría, que quizá no sobreviviría a la experiencia, pero aquello fue algo pasajero, había nacido para el nuevo mundo.

Era la primera vez que disparaba un arma. ¿Su blanco? La cabeza de una de las bestias. Fue entonces que se sintió parte del universo. Ya no era ese forastero incomprendido. No era la oveja negra de la familia, al que miraban con perjuicio solo porque era diferente. Sí, en el nuevo mundo, él era mejor.

Claro, el pueblo les ofreció aquello que buscaban, las armas, no sin antes tomar algunos soldados para su ejército de muertos. Impetuosos furores y sombríos lamentos. Fue violento y desesperante. Uno por uno cayó en aquel gris lugar. Alex y su tío eran los únicos que quedaban. Los demás habían muerto. Era momento de volver a la casa de su

abuela. Volver junto al resto de su familia. Ahí estaban los más vulnerables, y ellos dos eran los únicos capaces de protegerlos.

No quisiera hacer énfasis en la dramática escena que se desarrolló en la casa de su abuela cuando el resto de la familia se enteró de las más recientes pérdidas, pero es obligatorio que lo haga. Las lágrimas y suspiros de desesperación obligaron a Alex a quedarse. Verás, Alex no planeaba estar mucho tiempo en ese lugar. Tenía que volver a la ciudad pronto. Tenía que buscar a alguien. A esa persona que tanta falta le hacía.

Ella no estaba con él cuando todo empezó. Ahora no podía sacarla de su cabeza. Zia. La dulce Zia. ¿Dónde estaba? ¿Cómo se encontraría? ¿A salvo? El temor de nunca tener certeza del destino de la joven solo era superado por el terror de encontrarla ya convertida en una de esas criaturas.

«Creo que, aun así, debo irme», se dijo a sí mismo. Luchaba con la decisión de dejar a su familia para seguir lo que bien podría ser un fantasma.

«Es demasiado tarde. La ciudad ha caído», le dijo su tío, intentando convencerlo para que no se marchara, para que se quedara un poco más. «Pero no puedo quedarme. Zia me necesita», reprochó Alex. Pero su tío insistió. Le hizo ver que su familia también lo necesitaba, que el grupo era más fuerte con él y su tío, juntos, al mando. Ellos eran reales, estaban ahí frente a sus ojos, Zia quizá ya no existía. «Te necesito, Alex. Nos necesitan». Ambos habían demostrado su valor en el pueblo.

—Bien —le dijo Alex, después de una larga plática—, me quedaré, pero iremos a la ciudad. Iremos todos juntos. Debo encontrar a Zia.

—Trato hecho.

Y así empezó su travesía a través de kilómetros de campo abierto. Un nutrido grupo de personas; más de veinte al principio, luchando contra el cansancio, el hambre, los hombres, y las bestias. ¿Cuántas personas asesina-

ron Alex y su tío para mantenerlos con vida? Ya perdió la cuenta. Un número solo superado por la cantidad de muertos vivientes eliminados para siempre.

El asesinato no era lo único que Alex hacía por primera vez. Tuvo que aprender a subsistir comiendo cosas que jamás imaginó. Todo para mantenerse con vida. Y no era por un egoísta capricho, no como el resto de su familia, quienes solo pensaban en ellos mismos, en sobrevivir. Él no era así. Todo lo que quería era aguantar un poco más para encontrar a Zia. ¿Recuerdas que ya lo había dicho? Ella era su única motivación. Deseaba mirar a los ojos de aquella persona que tanto amaba. Iba a encontrarla pasara lo que pasara. Y fue ella la que tantas veces le dio fuerzas para continuar.

Aún cargaba a cuestas con su desagradecida familia. Sabía que muchos de ellos no daban nada por él antes del fin del mundo, pero como ahora lo necesitaban no lo cambiaban por nadie. Miraba a esas personas que salvaba todos los días sin que lo merecieran y empezaba a sentir frustración. Los días seguían su marcha sin siquiera acercarse un poco a la posibilidad de encontrar a Zia.

Aquel día en particular, después de pasar varios sin comer, él y su familia se acercaron a una gran casa. Miraban desde una colina cubierta con árboles. A través de unos binoculares miraron la blanca y lujosa mansión. Los grandes jardines estaban rodeados por altos muros. ¿La única entrada? Un portón que daba paso a un largo camino de baldosas de piedra de hermosos tallados hasta la puerta principal de la mansión. ¿El problema? Estaba plagado de muertos vivientes. Los antiguos propietarios debieron haber dado refugio a muchas personas. Quizá ese fue su error. Ya no quedaba ningún humano ahí.

—Es muy peligroso —dijo Alex.

—Él tiene razón —siguió su tío.

Pero su familia insistía. Deseaban comer algo y estaban seguros de que en esa fina residencia encontrarían todo lo

que necesitaban. ¿Lo peor de todo? Ninguno se atrevía a ayudar a Alex y a su tío. Pretendían enviarlos solos a la manzana y esperarlos seguros desde la distancia.

Dieron estúpidas excusas, como que solo estorbarían y que no serían capaces de hacer nada. Y aunque solo lo decían por egoístas motivos, era cierto, Alex concordaba con ello.

—Son unos cobardes —les dijo.

Tomó su cuchillo y su revólver y empezó a bajar la colina hacia el portón de la elegante morada. Detrás de él, su tío. El único hombre valiente que quedaba en el grupo además de él.

El alto portón no representó ningún problema para la agilidad de ambos. Una vez dentro la lucha comenzó.

Los rugidos de las bestias ya no le causaban ninguna emoción. Se habían vuelto simples suspiros de agonía para él. Uno de ellos se abalanzó hacia su cuello, pero Alex se movió con agilidad hacia un lado... y luego hacia otro, cuando otra de esas criaturas intentaba morderlo. Con increíble rapidez, movió su cuchillo hacia a ambos lados tan sutilmente, que apenas pareció agitarse. Una bella técnica que continuó ejercitando una y otra vez mientras avanzaba.

Su tío no se quedaba atrás. Era un hombre formidable, la única persona que merecía el respeto de Alex. Traía un pesado martillo, un arma apropiada para sus poderosos brazos. Una máquina de destrucción.

Cuando estuvieron a la mitad del camino, descubrieron que los muertos vivientes estaban por doquier. Fue cuando empezó el espectáculo. Disparos, golpes y puñaladas. Todos en perfecto balance, en una fascinante danza por sus vidas. Y aunque cualquiera hubiera lucido aterrado, Alex solo parecía molesto. El recuerdo de Zia lo atormentaba. Ella perdida en algún lugar y él ahí, buscando refugio a personas que ya no le interesaban.

Varios minutos después, los jardines estaban despejados y ellos cubiertos de sangre, o de esa podrida sustancia

que sale de los cuerpos de esas malolientes criaturas. No era el fin, sin embargo, aún debían entrar a la vivienda y despejar el interior.

—Alex, espera —dijo su tío preocupado por su sobrino quien no parecía querer tomarse ni un respiro.

—Tengo prisa —contestó el joven, justo antes de derribar la puerta.

Aunque la gran casa no estaba tan atestada como los jardines, debieron esforzarse para barrerla por completo de la indeseable plaga.

Casi una hora después, ya toda su familia estaba dentro. Como sospechaban, las alacenas de la mansión estaban colmadas de comida. Una vez más, Alex y su tío habían salvado a su grupo.

—Yo quiero comer eso —dijo alguien.

—Yo escojo aquello —dijo otro.

Todos se peleaban el botín, olvidando a Alex y a su tío, los que más lo merecían.

Adivinando que comería de último, Alex decidió explorar la mansión. Fue una verdadera sorpresa encontrar una planta eléctrica. Con algo de combustible podría abastecer a toda la residencia y ellos tenían suficiente. Después de un momento ya todo estaba listo. Disfrutaban de la electricidad por primera vez en mucho tiempo.

La jornada había sido agotadora y ahora que la mansión contaba con electricidad, Alex solo pensó en darse una ducha caliente. Pero cuando intentaba hacerlo, una de sus primas se apresuró a tomar su lugar. Una vez más no se le daba el valor que, sentía, se merecía.

Otra vez pensó en Zia, la amable Zia, sola en un mundo de nadie, mientras él cuidaba de desagradecidas sanguijuelas que no hacían más que retrasar su avance. Fue la gota que rebasó el vaso.

—Lo siento, tío —le dijo frente al resto de su familia—, hasta aquí llego yo. He dado todo por un grupo que no lo aprecia. Zia me necesita.

—No te vayas, Alex. Te necesito. Tu familia te necesita.

—Estas miserables personas no merecen estar con vida. No merecen que las cuidemos. Si quieres quedarte con ellos lo respeto, pero yo me voy ahora mismo.

Algunos intentaron detenerlo, pero Alex ya estaba decidido. Todos lucían aterrados; aquel que tanto luchó para mantenerlos con vida, los dejaba.

—¿Vas a abandonar a tu familia? —preguntó su tío. Lo seguía, intentando hacerle cambiar de parecer—. ¿Puedes hacerles esto a estas personas?

—Los he salvado muchas veces. Deberían estar agradecidos.

—No puedo hacerlo solo.

—Ese ya no es mi problema.

Alex tomó algunas provisiones y salió de la mansión. Saltó el portón y se perdió de vista. Iba en busca de Zia, el amor de su vida. La única persona que le importaba. Ya no permitiría que nadie retrasara su encuentro.

Capítulo I

Ingrato Destino

La primera noche por su cuenta vino acompañada de extraños sentimientos. Incluso culpa. ¿Acaso había condenado a su familia a morir? Quizá. Pero no eran ellos los que le importaban, era su tío. Él era especial. El único que le demostraba respeto. Siempre lo hizo. ¿Pero qué otra opción tenía? Zia lo necesitaba. O tal vez era Alex quien necesitaba de ella. De una u otra manera debía encontrarla. ¿Y si no lo hacía? ¿Y si ya estaba muerta? ¿De qué hubiera servido dejar a su familia a su suerte si no daba con Zia? Las dudas se acumulaban en su cabeza, algo que nadie puede permitirse en un mundo como este, especialmente en ese momento; debía descansar cuanto pudiera si quería completar su programa para el siguiente día.

Alex conocía muy bien el lugar en el que esperaba encontrar a Zia; una zona remota desde su posición, justo al otro lado de la ciudad que tan lejos se erigía.

Intentó dormir un poco, ahí en medio de la soledad de la naturaleza, y cuando estuvo por lograrlo, uno de los muertos vivientes activó una de sus trampas. Cuando terminó con él e intentó acotarse de nuevo, otra más se activó. Esta vez no era uno solo. Eran varios. Muchos más. Salían de entre las tinieblas golpeándose contra los árboles y cayendo al suelo. Alex destrozó los cráneos de algunos, pero seguía llegando más. Aquel ya no era un lugar seguro.

Se apresuró a tomar su mochila y se echó a correr. A la luz de la luna y sin ninguna compañía más que la de sus desagradables perseguidores.

De pronto escuchó un grito, seguido de un disparo; sonidos tan repentinos que Alex no fue capaz de discernir de qué dirección provenían. Sin embargo, no se detuvo

mucho tiempo, los muertos vivientes estaban a su espalda, abrigados por la oscuridad.

Corrió un poco más hasta que una nueva detonación volvió a llamar su atención. Esta vez el resplandor del disparo reveló la ubicación del tirador. Una cabaña a unos cincuenta metros.

Alex sabía que podía usar aquel suceso a su favor. El sonido atraería a sus perseguidores dándole la oportunidad de escapar en otra dirección. Pero la curiosidad pudo más. Quiso averiguar qué sucedía. Se acercó un poco y pudo mirar mejor. Dos hombres y una niña; acaban de luchar contra algunas de esas bestias carnívoras.

«Debes irte, Alex», se dijo a sí mismo en voz baja.

Acababa de deshacerse de un grupo, no había razón para conseguirse otro. Esas personas no serían diferentes a su familia; se interpondrían en su noble cruzada. Pero si continuaba su camino sin alertarlos, significaría, con toda seguridad, su muerte. Y eso no lo hubiera incomodado tanto si no hubiera divisado a esa asustadiza e indefensa niña. Si se iba sin al menos avisarles de lo que venía a sus espaldas, el recuerdo de la pequeña lo atormentaría.

—¡Maldita sea! —dijo.

Alex corrió hasta donde ellos. «¡Tranquilos!», dijo desde lejos. En este mundo debes anunciarte si es que no quieres que te disparen. Y aunque lo hizo, se escondió detrás de un árbol por si intentaban atacarlo.

—¿Qué quieres? —dijo uno de los hombres bastante nervioso, apuntando su arma contra Alex.

—Solo vine a avisarles que vienen muchísimas de esas criaturas hacia aquí. Los disparos los han atraído. Es mejor que se vayan.

Una vez cumplió, Alex levantó sus manos y salió detrás del árbol, moviéndose hacia un lado, como queriendo dar a entender que estaba por irse por su camino.

—Espera —dijo el otro hombre—. ¿Por dónde vienen?

—Por allá —dijo señalando hacia el norte—. Yo que ustedes, me iría por ahí —y señaló una dirección opuesta a la que él se disponía a tomar.

En el mismo instante, una de las desagradables criaturas salió desde un matorral abalanzándose sobre la niña que no pudo hacer más que gritar aterrada. Sus acompañantes lucieron paralizados por un segundo. Justo cuando la bestia estuvo a punto de morder el cuello de la pequeña, Alex tomó un cuchillo pequeño que traía en su bolsillo y lo lanzó con fuerza hacia la cabeza del muerto viviente, acabando con él en el instante. Los hombres se apuraron a quitar a la asquerosa criatura de encima de la niña.

—¡Presten más atención, malditos! —regañó Alex—. Ahora váyanse de aquí que está por ponerse más feo.

—¿No... vienes con nosotros? —dijo el hombre del arma.

—Viajo solo —respondió Alex.

—Espera, por favor. Solo somos nosotros tres. El resto de nuestro grupo ha muerto. Esta pobre niña ha perdido a su madre hoy.

Alex miró una vez más a la niña; una pequeña de unos diez años, toda sucia y ligeramente golpeada. Lucía aterrada, con lágrimas en sus ojos.

—¿Qué diablos podría hacer yo? —dijo convencido de que estaba por meterse en una complicación.

—Acompáñanos durante la noche, después seguiremos por nuestra cuenta.

«Maldita sea», pensó. Los rugidos de las criaturas ya estaban cerca, y aunque hubiera deseado ser capaz de dejarlos solos, Alex decidió ayudarlos. «¡De prisa!», les dijo y empezó a avanzar. El hombre del arma alzó a la niña a su espalda y, junto al otro, empezaron a seguir a Alex.

—Mi nombre es...

—¡No me importa! —interrumpió Alex.

—¿A dónde vamos?

—Lejos de las bestias.

La noche no les permitió darse cuenta en el momento, pero empezaban a ser rodeados por una horda de muertos vivientes. Avanzaban en el bosque si saber lo que estaba por venir. Los dos hombres hablaban sin parar, intentando ganar la confianza de Alex, pero él si acaso les prestaba atención. Presentía que algo andaba mal. Curiosamente la niña parecía haberlo notado también.

—Tengo miedo —dijo la pequeña.

—No te preocupes, Alisa —dijo el hombre que la cargaba—. Ya estamos fuera de peligro.

—No. No es cierto.

—Te lo digo, Alisa. Todo estará bien.

Alex se detuvo un momento y empezó a mirar en todas direcciones. «Yo no estaría tan seguro», les dijo. Los gemidos y rugidos de los muertos vivientes empezaban a escucharse con más fuerza. El sonido de ramas quebrándose a lo lejos era evidencia de que algo se acercaba.

—¿Qué quieres decir?

—¡Corran! —dijo Alex.

Eligió la única dirección despejada y se echó a correr a sabiendas de que era lo único que les quedaba por hacer. En ese momento ya no importaban sus habilidades para eliminar a las criaturas, eran tantas que si se quedaba a intentarlo de seguro moriría. Especialmente si tenía que preocuparse de sus nuevos acompañantes. Y como si no fuera suficiente, un trueno dio paso a la lluvia. La tierra bajo sus pies empezó a suavizarse, y su visión a nublarse. Chocaban contra árboles en sus intentos por escapar. ¡Qué inútil esfuerzo!

El hombre que cargaba a la niña tropezó, había caído en una trampa para osos. «¡Ah!», gritó de dolor. El otro estuvo a Alex: «Espera, espera».

—¡Rápido! —regañó.

—¡Mi pie! ¡Está destrozado! ¡Ayuda!

Y así de fácil muere alguien en este mundo. Aquel hombre estaba condenado.

—Toma a la niña —dijo Alex al hombre que seguía en pie.

—Ayúdalo —respondió mientras levantaba a la niña.

—No puedo ayudarlo. Si intentamos cargarlo estamos muertos.

—No puedes hablar en serio. No puedes dejarme.

—¡Ayúdalo! —gritó la niña

Alex dio unos pasos hacia los tres, tomó a la niña y la subió a su hombro. «¡Vamos!», dijo y empezó a avanzar lo más rápido que le era posible.

—No, espera —pataleó la niña.

—Ayúdame, podemos liberarlo —suplicó el otro hombre.

—¡Déjalo, ya están aquí!

Estaban por todos lados. Los muertos vivientes.

—¡Ayúdenme! —gritó el hombre en el suelo.

Un vistazo de su amigo a las podridas criaturas sirvió para que desistiera de intentar convencer a Alex. «Está bien, vamos», dijo y se echó a correr.

—Lo siento —dijo Alex mirando al malherido hombre.

Y lo decía en serio. En verdad lo sentía. Pero aquel era un caso perdido. Y no era que Alex fuera egoísta. No le importaba su vida. Era solo que no podía morir ahí. Debía encontrar a Zia.

Se dio la vuelta y se fue. La niña en su hombro seguía pataleando y reprochando. «Déjame, yo lo ayudaré», le dijo. Pero Alex no la soltó. Detrás de ellos, el hombre ya era abordado por los muertos vivientes. Los gritos que profería mientras era desmembrado lo confirmaban. Su amigo sintió un amargo sentimiento de culpa mientras corría, pero Alex tenía razón, no habrían podido salvarlo. Peor, hubieran muerto ahí de intentarlo.

—Apúrate —dijo Alex justo cuando lo rebasaba.

El tiempo que habían perdido al detenerse les costaría caro. Estaban siendo acorralados hacia un precipicio. Una maravillosa saliente desde donde se apreciaba una majes-